

Autor: *J. Arias Jirón.*

Título: *Costumbres Salamanquinas. Los Estudiantes de la Tuna.*

Publicación: *Museo Internacional del Estudiante, 2009.*

Ver. original: *Semanario Pintoresco Español, 1839.*

I.

Hay en la calle de *los Moros* ⁽¹⁾ de Salamanca una casa alta y estrecha como una torre, de fachada cobriza en el color, y cuyas paredes laterales llenas de picos y relieves demuestran que no era la intencion del que la fabricó dejarla sin concluir como se halla. La principal es de piedra y de anchura y fortaleza que mas de cuatro fortificaciones de esta época ostentan paredes menos sólidas y macizas. No tiene balcones, solo ventanas irregulares y como sembradas al descuido en la estensísima superficie, es lo que ilumina el sol, cuyos rayos se pierden en ella como en las montañas y sinuosidades de Navarra.

En la region mas alta y rozándose ya con la capa azul del firmamento; se descubre los dias que está despejada la atmósfera una pequeña galería con columnas blancas detras de la cual hay una habitacion pequeña y en esta si no lo has ¡oh lector! adivinado, viven tres estudiantes *de la sopa*. En posesion esta vivienda de alojar á los

⁽¹⁾ Esta calle de las mas retiradas y sucias, está vinculada desde luengos años para los estudiantes que la escogen con preferencia á otras para vivir la temporada del curso.

sopistas de muchas generaciones, ha sido constantemente el barómetro que anuncia á los habitantes de abajo la variacion de la temperatura, y no pocas veces ha sido consultada con la misma ansiedad con que el navegante observa la estrella del norte para arreglar su conducta á sus observaciones. Tambien yo enfilaba alguna vez mi catalejo hácia estas alturas, y tenia un placer singular en examinar el contraste que se ofrecia á la caida de la tarde, cuando vestidos ya todos los edificios y paseos de la luz del crepúsculo, solo bañaban las columnas de la galeria algunos rayos horizontales que poco á poco se iban perdiendo de vista. Entonces los tres estudiantes salian a disfrutar del suave calor del sol, y el negro ropage de que estaban vestidos se veia pasar rápidamente por entre las columnas, teniendo estas transiciones vistas desde abajo todo el aspecto de una vision fantasmagórica.

En una noche de diciembre de 1837 estaban reunidos los tres estudiantes al rededor de una mesa redonda, que por las innumerables manchas de todos tamaños que ostentaba, podria semejarse algo al disco de la luna. La ventana estaba entreabierta, no por precaucion, sino porque las maderas no cerraban enteramente, y como no habia mas vidrios ni cristales, el viento se colaba por la abertura y hacia oscilar la luz de un belon de oja de lata que iluminaba la pieza hasta el punto de apagarlo y quedarla á oscuras muchas veces.

Pasemos al adorno interior: ademas de las sillas en que estaban sentados los tres habitantes de este departamento, habia en una esquina una pequeña tinaja con su tapadera, y en una tabla que estaba sostenida por dos palomillas un tomo de *Sto. Tomas de Aquino*, tres de *la Filosofia de Guevara* y una jarra de vino tapada con otro de *Sala*, *Derecho real de España*. Las paredes en parte vestidas del humo y salpicadas de tinta en otra, presentaban alguna tela de araña en las esquinas, media docena de conclusiones pegadas con engrudo y amenizadas de tal cual rozadura de consideracion en los

frentes. Goteras habia tantas que cuando llovía tenían los jóvenes escolares la precaucion de bajarse á la calle por no mojarse. En fin en una de las esquinas habia un clabo de una cuarta de largo y pendiente de el una guitarra.

¡Qué de reflexiones originales no inspira una guitarra con un aparato semejante! ¿No asaltarán involuntariamente á la imaginacion mil recuerdos de los antiguos trovadores y de los tiempos de los árabes? Aquel adusto castellano que marcha silencioso por las calles en las altas horas de la noche es un trovador que va á colocarse debajo del balcón de su señora. Luego que llegue sacará la guitarra que lleva oculta, y despues de mil preludios cantará las trovas amorosas que ha compuesto y que acompañará el compas de su vihuela. Su dama que le espera con impaciencia, apenas oye el sonido de las cuerdas se levanta y abriendo con cuidado el balcon escucha complacida la voz de su amante. La guitarra fue el agente de esta correspondencia.

Los trovadores del siglo XIX se envuelven en un ropage negro y con una guitarra al hombro atraviesan como los antiguos las llanuras y los bosques. Llevan en pos de si la alegría á los cortijos, componen versos, pero son mas positivos en sus efectos. En la temporada del curso se detienen en alguna universidad que tienen cerca del término de sus correrias, y esperan con impaciencia el momento de volver á su vida errante y peregrina. En este intervalo cuelgan la guitarra como colgaban los caballeros andantes las armas en las épocas en que algun voto hecho á su dama ó alguna calamidad en los combates les obligaba á hacer treguas en sus belicosos ejercicios hasta que el tiempo les restituye lo que les habia quitado la fortuna. La guitarra colgada se cubre de un espesísimo polvo, las cuerdas saltan, el mástil se abre, y todo este abandono parece que dice como las armas de aquellos:

«Nadie la mueva....»

II.

Cuando yo entré acababan de jugar una partida de *cané* y todavía se veían á un lado la baraja mugrienta y abarquillada, y algunas bolitas hechas de hojas de libros que sin duda debían ser la moneda corriente en aquellos países. El belón de oja de lata estaba también sobre la mesa y su luz moribunda persuadía convincentemente a los tres estudiantes de que tratasen de recogerse luego porque el aceite allá se andaría por la sierra de Gata. No poco me alegré ver y distinguir de cerca las facciones y cataduras de estos tres licenciados, porque confieso que aunque varias veces los había visto en la calle y otros en la galería mirando desde abajo, nunca pude formarme una idea exacta de sus fisonomías, ni menos conocerlos tanto como en aquel rato que los tuve á dos pasos de distancia.

El más formal de los tres estaba enfrente de mí y se llamaba el licenciado *Juan Zarpa*. Tenía en la cabeza un sombrero de más de media vara de largo y cuya circunferencia estrecha en la parte inferior donde entra la cabeza se ensanchaba sensiblemente hasta un diámetro doble por lo menos en el otro extremo. La cara era larga y descolorida, nariz aguileña y rematando en punta como lanceta, cejas pobladas, ojos hundidos y unas mejillas tan salientes que parecían los dos huesos forrados provisionalmente con cabritilla. Estaba sin afeitar de 20 días, y debajo de la barba oprimía el cuello con un corbatín de terciopelo negro lleno de arrugas y tan apretado que aquella tenía que salirse una cuarta más afuera de lo regular mal de su grado, y la cara miraba constantemente hácia arriba. Cubría la espalda con un chaquetón de paño gris del cual reparé que para ser tan ancho tenía las mangas demasiado angostas porque marcaban el grueso de la configuración del brazo desde el hombro hasta la muñeca, y no hubiera salido de la duda sino hubiera visto otras del mismo color que tenía otro estudiante cosidas á una sotana negra. El

licenciado Zarpa era en extremo divertido y gracioso, bien que la contraccion de su rostro cuando se reia violentamente imponia hasta á sus mismos compañeros.

Inmediato á él se sentaba el bachiller *Tomas Perez Tragacorreas*, mas jóven que sus compañeros y mas galanteador y petimetre. Tenia el pelo lleno de pomada, limpia la dentadura y el cuello de la camisa bastante sucio, muy almidonado y tan alto que subia desde los dos lados del corbatin, tapaba buena parte de la boca, entallaba la nariz y llegaba hasta los párpados inferiores de los ojos, corriéndose al nivel de estos hácia la oreja, cortando esta por la mitad y juntandose por detras de la nuca cuatro dedos mas arriba de la hebilla del corbatin. No tenia chaqueta puesta, porque una que tenia la guardaba con los hábitos para que no tomase polvo; estaba por consiguiente en mangas de camisa y el corbatin mas alto que el de su compañero no estaban tan apretado sino que al revés cabia en su recinto la barba, la boca y parte de la nariz.

– Vamos señores, sin preambulos, (dijo el licenciado Zarpa con aire satisfecho) aquí no hay mas que lo que VV. ven, y esto lo decia porque ya entonces se habia levantado uno de los tres y habia puesto sobre la mesa un plato de ensalada como para una persona ; y sin otro mantel ni aderezo se preparaban á esterminarla el bachiller y el licenciado en tanto que el otro estudiante que habia hecho de cocinero entendió la sorna de estas palabras y frunciendo las cejas avinagró el rostro de manera que yo vi el momento en que la emprendia con el licenciado Zarpa á bofetones.

– No tienes porque enfadarte, Cándido, dijo el bachiller que estaba á su lado, esto es una chanza, y mañana que me toca á mi os doy facultad para que hagais conmigo lo que os plazca.

– No me enfado, respondió el cocinero, pero convengamos en que ya á uno le toca hacer el metafísico esta noche, es mucha

barbaridad mofarse como si no fuera poco trabajo el servir la cena y despues quedarse mirando como desaparece del plato sin osar tocarlo hasta que ya está como una patena.

– Tienes razon Candido, le replico Zarpa, confieso que ha sido una imprudencia, y no nos acordemos mas de ello.

– Pues si es asi, yo me doy por satisfecho y voy á cumplir con la obligacion que nos hemos impuesto recíprocamente y que esta noche ha recaido sobre mí; pero como el objeto es entretener el tiempo, no llevareis á mal que me detenga en referir algunas menudencias que ya sabeis vosotros, porque cuanto mas dure la relacion menos me acuerdo de lo que estoy viendo; al paso que entreteniendo vuestra atencion evito que comais demasiado y os de una apoplegía, porque el esceso en las viandas salinas, espirituosas y volátiles, impide la trituracion y la humectacion de las partes, embota los órganos cerebrales y anticipa la vejez, es decir, aquella fiebre gastro-interítica natural que nos destruye paulatinamente.

Al llegar aqui soltaron sus dos compañeros una gran carcajada y le advirtieron que estaba muy sutil y harto metafísico para hablar familiarmente, lo cual no era de estrañar atendiendo á que no cenaba, y como esta advertencia desconcertó algo al hablador echó la última y mas desconsoladora mirada sobre la mesa y sin mas preámbulos comenzó su historia como sigue :

III.

« Yo nací en Castro-Jeriz y me llamo *Cándido Anzuelo*. Mi padre que era tabernero murió siendo yo niño, y á resultas de esto me llevó consigo un tio beneficiado de Burgos que me tenia una estremada predileccion. Lo primero que me buscó mi tio fué un maestro de leer y escribir, y luego que aprendí algo me puso á estudiar la gramatica latina en la que hice tales adelantos que al cabo

de cinco años ya traducía el S. Pio V, y tres años despues ya estaba idóneo *para oír ciencia* en la universidad como consta en la matrícula que se me quedó olvidada en Burgos. »

« En seguida fui á estudiar á Valladolid, y habiéndoseme muerto el mi tio al segundo año, tuve que acomodarme de *fámulo* en el convento de S. Pablo. Allí tenia buena vida; por la mañana entraba el chocolate muy temprano al padre prior, y luego bajaba á la iglesia á ayudar á misa; por lo regular ayudaba tres ó cuatro seguidas, y despues subia al refectorio donde me estaban esperando ya otros cinco compañeros que habian hecho lo mismo, almorzabamos bien y en seguida á cátedra, saliamos de cátedra y estudiabamos en nuestras celdas hasta la hora de comer; por la tarde á cátedra otra vez y luego al convento. »

« No pensabamos ninguno en abandonarle hasta concluir la carrera por lo menos, pero la suerte que iba disponiendo las cosas de otro modo, hizo que un día llamase el prior á todos los estudiantes que serviamos en el convento, y despues de un largo prefacio nos viniese á manifestar sus intenciones de que tomaramos el hábito, y Dios mediante, quedasemos allí ya *in perpetuum*. De los seis aceptaron tres, y los otros tres empleamos el tiempo que se nos dió para reflexionarlo en arreglar nuestro ható y hacer algunas provisiones de la dispensa antes que lo echasen de ver, y otro dia al salir el sol ya estabamos fuera de la puerta del Carmen, y caminando á buen paso sin volver la cara atras ni hablar una palabrra, de miedo que viniesen en nuestro seguimiento y nos llevasen presos. »

« Llegamos á Puente-Duero cerca de medio-dia y como ibamos muertos de cansancio determinamos de parar allí, y entre tanto que comiamos alguna cosa tener consejo sobre el punto á donde habiamos de dirigirnos. Uno decia que á Madrid, otro que á Pamplona, y por último quedamos en que primero seria á Zaragoza, por lo cual despues de haber comido y bebido á la salud de los

frailes, nos echamos á dormir y no despertamos hasta el dia siguiente; tanto era lo que nos habia cansado el viaje. »

« Al dia siguiente nos despertamos muy temprano; pero ¡cuál fue nuestra sorpresa cuando nos encontramos sin la merienda que hubiera llegado hasta Zaragoza y ademas sin un cuarto en el bolsillo! »

« Allí era ver al licenciado *Cata-fiambres* armarla con todos y reñir con el rey que fuera, al bachiller *Zancadillas* dar brincos de cólera, rasgarse los hábitos y darse mogicones contra la pared; en fin baste decir que yo tampoco pude conservar mi serenidad y rompí con un palo cuantos pucheros y cazuelas habia al rededor de la lumbre. Por resultado de todo y de no pagar la posada, salió el mesonero jurando y blasfemando, nosotros le dejamos venir, y luego que estuvo á tiro cargamos sobre el á pedradas, y tengo para mi que aquel dia no debió de tener hueso sano de tanto guijarrazo como llovimos, que como ibamos enfadados por lo de la merienda no le dejamos hasta que se metió en casa apostando que iba por la escopeta, y nosotros que ya estabamos cansados apretamos el paso y le perdimos de vista. »

« Decir como llegamos á Zaragoza y lo que nos sucedió allí seria estar hablando tres ó cuatro dias, baste saber que acostumbrados ya á la vida tunantesca no quisimos servir á nadie ni volver á ser *fámulos*, y que nos fue tambien asi que á pesar de estar en abril todavia quisimos probar aventuras aquel curso, y fuimos á concluirlo á Cervera. »

« Al año siguiente pasamos á Valencia donde estuvimos dos meses, y desde allí fuimos á Granada viniendo á concluir el curso en Sevilla. Nos detuvimos todo el verano en las Andalucias por ser pais muy agradable, y otro curso ya estabamos en Santiago. Allí quisimos matricularnos y estudiar en regla; pero el secretario de la universidad nos dijo con mucha cortesía y con buenos modos que no teniendo

matriculas y no habiendo estudiado el año anterior no podia absolutamente servirnos; pero ni le valió tanta política, porque luego nos dimos de ojo y poniéndonos en fila le pegamos una silva de mas de un cuarto de hora, y como algunos que estaban afuera la oyeron fueron á avisar á los bedeles con lo cual nos retiramos llevando de camino el baston del secretario que estaba en la antecamara y el sombrero que habia colgado de una percha. Despues de esto no podia presentarse en público el buen hombre sin que fuéramos nosotros á el como perros de presa: uno se quitaba el sombrero y haciendo una gran cortesía le decia á *los pies de V. Señor Rector*, y seguia delante de el haciendo inflexiones y cruces con el sombrero y los otros dos nos poniamos á los lados y con el sombrero en mano y mil cortesías le deciamos: *Señor Consejero, es posible que su excelencia magnificencia no tenga algun desecho con que amparar los duros trabajos y penosas calamidades de estos pobres estudiantes*, y luego le llamabamos jeneroso, y machacabamos bien con la excelencia, de modo que sudaba la gota como el puño. »

« En fin nos cansamos de esta universidad y pasamos á Oviedo, la cual ofreciendo pocos alicientes dejamos tambien y fuimos á concluir á Alcalá. El verano lo pasamos en Estremadura y al curso siguiente que es este que pasó vinimos aqui desde donde hemos hecho varias espediciones y correrias en la provincia. »

« Para que podais tener una idea aproximada de nuestros viajes os voy á contar la primera incursion que hicimos en esta provincia luego que llegamos á Salamanca. »

« Salimos el 27 de diciembre los tres amigos, Cata-fiambres con una guitarra, Zancadillas con una pandereta y yo con el encargo de hacer el *moscardón*. La primer noche dormimos en el Pedroso cinco leguas de aquí; habia en la posada unos arrieros de Villamiel que iban á vender vino á Alaejos y habiendo nosotros apercebido que llevaban dos botas de reserva del de Robledillo, hicimos de modo que

en lugar de aquellas les quedaron otras dos de igual tamaño que llevabamos llenas de agua y nos trajimos las del vino por equivocación. »

« Al dia siguiente entramos en Cantalapedra á cosa de medio dia y en menos de media hora se nos juntó medio millon de muchachos atraidos por el ruido de los instrumentos y por la orijinalidad del traje estudiantil. Puede decirse que pusimos el pueblo en alarma, de todas las casas nos llamaban, y el gran tropel que llevabamos detras hácia para nosotros el oficio de pregonero porque nos señalaba por cualquier parte por donde fuésemos. »

« Otro dia por la mañana habia gran comida en casa de un rico propietario llamado D. Juan Paradinas. Como habia corrido por el pueblo la fama de nuestro buen humor no nos fue difícil la entrada. Zancadillas que estaba enterado desde el dia antes habia tenido la precaucion de cojer un gato de la posada y atarlo de los cuatro pies, y cuando entramos lo llebaba escondido debajo del manteo. Entramos metiendo ruido como la noche anterior; bailamos , charlamos y nos dimos tal maña que logramos entre los dos que estabamos desocupados entretener y divertir sin que echasen de menos á Zancadillas, que con su gato debajo del manteo andaba escudriñando las entradas y salidas y las piezas interiores. Por fin tropezó con lo que buscaba y era una habitacion muy estrecha donde habia una mesa y cantidad de vasos y botellas, compoteras y otras vasijas de cristal llenas de licores y dulces en almibar; alli cerca habia una alacena y dentro unas empanadas que alli se llaman hornazas y que son de un esquisito gusto. Tomadas, pues, todas las medidas coje como hasta media docena de empanadas, pone el gato en el suelo, le desata y aprieta á correr con ellas debajo del manteo. Ya en esto nos ibamos saliendo nosotros que estabamos en la trama; pero el diablo quiso que no tubieramos tiempo uno ni otro y asi cuando estabamos haciendo los últimos cumplimientos, sonó el estrépito de las botellas y acudiendo al ruido vieron á Zancadillas que estaba

cojiendo una empanada que se le habia caido en el suelo por lo que no habia podido salir. En esto volvió á sonar el ruido de los vasos y habiendo encontrado *in fraganti* las empanadas y habiendo descubierto todo dieron con nosotros en el calabozo no sin recibir algun puntapie al salir de la casa que el Señor D. Juan Paradinas nos disparó por habérsele apresado de las narices el gato cuando entró en la desgraciada habitacion de las botellas. »

« Cuatro dias estuvimos presos y hubieramos estado muchos mas sino hubiera sido por un estudiante del mismo pueblo á quien la identidad de profesion movió á hacer algunas diligencias por libertarnos, lo que consiguió al fin. »

« Salimos al medio dia, y tanto quisimos agradecer á nuestro libertador el servicio que nos habia hecho que lo llevamos casi en el aire á su casa donde entramos con el hasta su habitacion y procuramos hablar y entretener el tiempo hasta que llegó la hora de comer, seguimos haciéndole cumplimientos, y entre mil cortesías nos sentamos con él á la mesa antes de que nos convidára. Trazas llevabamos de hacer lo mismo con la cena y lo mismo al dia siguiente pero el alcalde que era pariente de D. Juan Paradinas nos intimó la orden de marchar inmediatamente. »

« Aquella noche dormimos todavia en Cantalapiedra y al dia siguiente fuimos á Palacios- Rubios. Por la tarde nos informaron de que habia una muchacha rica que se iba á casar, y creyendo nosotros sacar algun dinero templamos los instrumentos y á eso de la nueve comenzamos á tocar y á cantar con mucha fuerza en frente del balcon. Media hora hacia que tocabamos cuando el novio que andaba rondando las calles vecinas acompañado de otros dos cargó sobre nosotros con su *cayada* que es un bastoncillo de prueba, y nos molió á palos en términos que quedamos alli por muertos....»

Al llegar aquí el licenciado Anzuelo se interrumpió de pronto y dando una palmada en la mesa exclamó lleno de cólera: – « ¡Vive Dios que se han dormido! » - y así era la verdad porque sus compañeros viendo que tenía trazas de estar hablando un par de días le habían abandonado á lo mejor de su relación y ya hacía tiempo que estaban entregados al más apacible sueño. Bien podía habersele ocurrido antes esa consideración y con eso no hubiera incurrido en los dos vicios de dejar incompleto su relato y de causar fastidio al mismo tiempo.